

Colombia: proceso de paz e internacionalización del conflicto

William Restrepo Riaza

1. El Proceso de Paz. Incertidumbres y dificultades

Asistimos en los últimos días a un proceso de agitación pública en relación con la guerra y con el proceso de paz en cuanto mecanismo para superar la crisis colombiana. Habría que admitir que poco a poco el país ha ido tomando conciencia de la importancia que tiene el proceso de paz y que la sociedad empieza a manifestar cansancio respecto de lo que la gran mayoría considera una situación insostenible. La guerra y sus irracionales dinámicas están tocando a todos los colombianos.

La forma como la situación se expresa sigue presentando, en términos generales, un carácter contestatario; vale decir, la población civil y los individuos, asumen una postura de rechazo frente a la guerra, sus protagonistas y, particularmente, frente al gobierno y su papel en el proceso de conversaciones con la insurgencia.

Todas las voces en el país hoy día tienden, casi sin excepción, a confrontar y a criticar las acciones, decisiones y compromisos asumidos por el gobierno en relación con el proceso de paz. Dos expresiones tal vez concretan simbólicamente el pensamiento y el sentimiento de los colombianos: la falta de una verdadera voluntad e interés de la guerrilla para hacer la paz (ausencia de actos y concesiones por parte de las FARC), y la extrema generosidad del gobierno (lo ha dado todo, incluyendo un alto porcentaje de su territorio y de su soberanía, se dice, a cambio de nada).

La situación entonces se concreta en lo que se podría denominar como una etapa tardía de reacción que, sin embargo, todavía no muestra una asimilación de la guerra y del conflicto en toda su magnitud y trascendencia. La sociedad como un todo piensa la guerra, el conflicto y desde luego la guerrilla, como algo ajeno, extraño y sobre todo, como el mayor mal que nos puede haber llegado. Esto que es una dura realidad, exige una valoración consecvente con la misma magnitud, gravedad y trascendencia histórico política que encierra.

Evaluar la guerra y a uno de sus principales protagonistas, la guerrilla, dentro de un esquema simplemente pasional, contestatario y desconocer la presencia real, el infortunado poder militar, y la capacidad tenebrosa de acción y de desestabilización de la guerrilla, no hace sino agravar la situación, alargar la necesaria comprensión valorativa de la crisis, y fundamentalmente, alimentar las posiciones cómodas y extremas. Posiciones que arropadas en la profundidad del conflicto y en la demencial embriaguez de poder destructivo de la guerrilla, alimentan una posición guerrerista, a la sombra de la seguridad y del mismo poder político, social y económico que encubre y garantiza un tal discurso.

La afirmación generalizada entonces es la de “un gobierno que cede todo, aún lo que no se le pide”; un gobierno que, según los críticos, o sea, la gran mayoría de la población, no tiene ni proyecto ni estrategia para desarrollar las conversaciones sobre el conflicto y la paz con la guerrilla. Se trata de una afirmación común sobre un fenómeno que, sin embargo, debe ser evaluado en su real dimensión.

El hecho del que se habla y que se evalúa, consiste en una confrontación política y fundamentalmente militar entre el Estado, la guerrilla y los paramilitares. Una guerra con características muy peculiares, acelerada y profundizada, precisamente en el período y contexto del actual proceso de paz. Conflicto sostenido hasta hoy sobre el principio de acuerdo entre las partes de “dialogar sin cese de hostilidades”. Así, el terrorismo, el secuestro, el ataque a la población civil, todas ellas, son acciones que se dan y se recrudecen en un contexto básica y esencialmente militar, pero además, explicado dentro de la lógica de la guerra, precisamente en la lucha por desequilibrar el poder militar entre las partes.

Si se evalúa el dato escueto de las fuerzas militares del Estado y las guerrillas, obviamente la balanza muestra unas fuerzas militares institucionales numérica y técnicamente superiores. Pero infortunadamente la guerra en

sí misma, su dinámica y sus condiciones, transforma la situación original dando lugar a lo que puede denominarse “un cambio en la correlación de fuerzas”. En el proceso de la guerra, las fuerzas subversivas han ido fortaleciendo su acción y posición, hasta prácticamente inclinar la balanza en su favor. No de otra manera podría explicarse el “liderazgo” que han ejercido hasta ahora en el denominado proceso de paz.

Las características de la guerra, su ubicación y valoración dentro de los distintos modelos teóricos que tratan de explicarla, hacen común el aserto de una guerra irregular, supuestamente de baja intensidad y la cual además, ha superado en degradación todos los parámetros jurídicos y políticos que existen dentro del orden internacional vigente. Es pues dentro de las características que ubican y cualifican la guerra en donde podría encontrarse la posible explicación de las formas y características que adopta el proceso de paz y que precisamente son el objeto de las críticas y juicios negativos por parte de la población.

La complejidad de la confrontación armada en el contexto de la crisis estructural que vive el país, hace que el proceso de paz se vuelva más difícil de conducir y desde luego de finalizar con éxito. En estas circunstancias se desarrollan unas conversaciones entre las partes que no tienen antecedentes históricos ni teóricos que sirvan de guía y ayuda para su desarrollo y tratamiento.

El país en general y la clase dirigente, económica y política, no han captado -o no han querido hacerlo- la situación de fuerza y de poder que implica la confrontación y que es en definitiva lo que puede explicar la dinámica que adopta. El poder financiero, la ampliación de la red de influencias sociales, económicas y militares de la guerrilla en el entorno en donde se desenvuelve, vale decir, en todo el territorio en donde la guerra tiene presencia, son factores materiales que se convierten en poder a la hora de medir fuerzas en la balanza de la guerra. Pero además, a estos factores se agregan algunos otros que, sumados, pueden darnos indicios para entender la forma de la contienda: se trata del entorno jurídico y político que enmarca y “controla” la lucha militar.

Los marcos de regulación jurídica internos, pero sobre todo la normatividad internacional a través del Derecho Internacional Humanitario y de los derechos humanos como principios de validez universal, constituyen un esquema regulador y controlador de las acciones militares y de las conductas de las partes en conflicto. Obviamente la regulación

jurídica interna y externa tiene mucha más incidencia en las fuerzas institucionales que en la guerrilla. Aquí aparece con fuerza definitiva el carácter del conflicto; o sea, su definición como guerra irregular que, en cuanto tal, no es susceptible de enmarcarse ni de controlarse. El juego contradictorio entre el tipo de guerra que se libra, sus características intrínsecas, y la presión normativa y política interna y externa, marcan prácticamente el presente del conflicto.

La presión internacional se asienta en los esquemas jurídicos pero toma su forma y se expresa con fuerza en el plano político. Este factor prácticamente define el último período del conflicto y a él tal vez se deben los pocos logros alcanzados en el proceso de paz. La presión internacional es cada vez más fuerte, pero no lo suficiente como para darle un giro importante al conflicto y mucho menos al proceso de paz.

Sobre las condiciones y el entorno anterior, en cuanto factores que inciden para explicar el desequilibrio en la contienda en favor de la guerrilla, actúan otras variables y factores que son definitivos para explicar esta tendencia. La compleja red de integración entre el proceso de producción, el mercado de drogas, y los grupos guerrilleros y paramilitares, constituye, sin lugar a dudas un factor determinante a la hora de explicar la expansión del conflicto, su profundización y el crecimiento y fortalecimiento de la guerrilla.

Los ingresos de la guerrilla convierten su actividad, es decir la violencia y la guerra, en “el negocio” mejor y más rentable del país. Así, el circuito financiero de la guerrilla conformado por el secuestro, el cobro de porcentajes a los contratos e impuestos a los municipios, los “impuestos” a las compañías mineras y petroleras, el chantaje y demás formas de acción violenta, constituyen la más completa red de financiación para su objetivo y función básica, o sea hacer la guerra. En tales circunstancias ¿cómo se puede esperar una actitud y voluntad para la negociación y una voluntad política para acceder a una propuesta de cese al fuego?

La fuerza y el poder militar de la guerrilla, la red financiera que ha construido y que le da la suficiente seguridad para hacer la guerra y forzar decisiones en el proceso de paz, son condiciones que miradas sin prevención, permiten formular la hipótesis de que no hay ninguna condición que favorezca el interés de la guerrilla en aceptar ni un cese al fuego, ni mucho menos una disposición e interés político para la negociación y la paz.

Dadas las condiciones anteriores, el problema entonces no podría seguir siendo visto como simple incapacidad y debilidad del gobierno y como simple falta de voluntad política y de buena fe de la guerrilla. Parece más positivo, para efectos de comprensión del asunto, tener en cuenta los factores mencionados arriba, pero sin olvidar otras dinámicas que históricamente se han integrado a lo que se denomina crisis estructural del país (narcotráfico, estructuras económicas inalteradas, formas precarias de distribución, equidad y justicia social, partidos políticos estancados) y que han incidido en los distintos sectores sociales, en las clases que ejercen liderazgo económico y político, y en la organización, acción y concepciones de los protagonistas de la guerra. Desde luego, sin dejar tampoco de lado el hecho de que nuestro orden institucional convive, está atravesado y tal vez condicionado por la violencia en general y por la guerra en particular. Poco a poco violencia y guerra se han ido convirtiendo en una especie de "modus vivendi", integrado al ser humano nacional y expresado en todas las manifestaciones del país, conformando una especie de tejido de poder material anómalo que todo lo dirige y todo lo controla. Aquí precisamente está la complejidad y la monumental dificultad para enfrentar la búsqueda de caminos dentro del proceso de paz.

Cuando los diálogos entre las partes en conflicto se concretan por ejemplo en la denominada "agenda de negociaciones", encontramos una lista de asuntos "imposibles de alcanzar en términos de acuerdos", pues lo que está en juego allí es precisamente el orden institucional, político, económico y social, y ello significa una construcción histórica basada por lo tanto en un proyecto también histórico que sirva de guía y asiento para tamaña responsabilidad del país en cuanto Nación Estado.

2. El conflicto interno y el contexto internacional

El panorama internacional respecto de la crisis política y la guerra que vive Colombia, constituye un punto central para el entendimiento de nuestra gran problemática y sobre todo para la búsqueda de una ideal solución del conflicto.

El contexto internacional de nuestra crisis se desarrolla -aunque no exclusivamente- en tres frentes básicos propuestos aquí por lo menos en términos metodológicos y como constitutivos de niveles particulares de un proceso global e integrado dinámicamente.

Un primer nivel que sin duda ha servido y sirve de punta de lanza en el proceso de internacionalización de la guerra en Colombia se refiere al asunto de la humanización de la guerra y del respeto al Derecho Internacional Humanitario. Este proceso se refleja en las acciones de la Comunidad Política Internacional (entendiendo por ésta las instituciones políticas de peso internacional y los países miembros, que giran en torno de los dos grandes bloques: Europa y Estados Unidos). Un segundo nivel de lo internacional relaciona directamente nuestra crisis con el contexto latinoamericano y, muy particularmente, con nuestros vecinos fronterizos, Brasil, Perú, Ecuador, Venezuela y Panamá. El tercer nivel, que se refiere a nuestra relación con los Estados Unidos, constituye un punto fundamental que atraviesa y determina en gran parte a los dos niveles anteriores.

La Comunidad Política Internacional. Tal vez el factor de carácter internacional que más peso ha tenido hasta ahora y que ha incidido de manera importante en nuestra crisis, ha sido el esfuerzo por humanizar la guerra y por rescatar el valor de representación y reconocimiento de los principios del Derecho Internacional Humanitario y de los derechos humanos. El esfuerzo ha sido enorme y ha encontrado los obstáculos propios del tipo de conflicto que se libra.

La complejidad de nuestra guerra, vista desde la perspectiva del conflicto estructural del país, se refiere entre otras cosas a las múltiples raíces y ramificaciones de ella; sobre todo respecto de una generalización introyectada de la violencia como contra-valor reproducido a través de la negación del reconocimiento y representación de la vida de los otros. La violencia como forma acudida para resolver los conflictos, se integra a la guerra para ampliar a infinito el horizonte del choque como mecanismo de relación entre las personas.

Sobre este marco de referencia, el esfuerzo por entronizar el valor de reconocimiento del principio humanitario en la guerra, y el respeto de los principios normativos de valor universal humano, encuentra obstáculos monumentales frente a una conducta general como aquella vigente en la mayoría de las personas y espacios de nuestro país.

Los logros, sin embargo, representan avances relativos pero importantes y progresivos en cuanto a la internacionalización del conflicto. Hoy día el juego de relación entre la presión internacional y el atraso o la acción estratégica de los contendientes para “jugar” con estos valores y categorías en el plano político y militar, definen la lucha en términos de

una correlación de fuerzas cuyo resultado puede conducir a una presión mayor de la comunidad internacional. Lo que está en juego entonces, en este nivel de la internacionalización, es el asunto de la legitimidad política y legal de los contendientes. Por ahora, resulta privilegiado de manera estratégica el poder militar y violento sobre la legitimidad política. En el mediano plazo ello puede conducir a un aislamiento cada vez más grave en el plano nacional y a un cambio de estrategias de la comunidad internacional en relación con la defensa de su interés por el respeto de los principios y normas de valor primigenio universal.

Desde luego que el marco de referencia utilizado por la comunidad internacional se refiere particularmente al asunto del Derecho Internacional Humanitario y de los derechos humanos, aunque la evaluación global del conflicto y sus perspectivas de solución pasen -para ella- de manera definitiva por el escrutinio y la superación de los factores socio materiales y políticos sobre los que se explican y asientan aquellas causas.

Así pues, la guerra y el narcotráfico en sus expresiones terroristas constituyen los puntos centrales de preocupación de la comunidad internacional, integrados desde luego al marco ideológico que como símbolo de civilización moderna constituye el Derecho Internacional Humanitario.

Terrorismo y secuestros generalizados sobre nacionales y extranjeros, han puesto en alerta a la comunidad internacional, lo cual coloca como punto de arranque a cualquier posibilidad de ayuda y compromiso, precisamente, el respeto a la vida y dignidad de las personas y una humanización generalizada y reconocida de las acciones bélicas .

De hecho, guerrillas y autodefensas pierden cada vez con mayor claridad la posibilidad de un reconocimiento político y legal de sus causas por parte de la comunidad internacional, especialmente europea. Pero además, las fuerzas militares y el gobierno también sienten esa presión a partir de los informes de instituciones internacionales que documentan acciones oficiales en detrimento de los derechos humanos y del Derecho Internacional Humanitario.

El establecimiento de un círculo de relación y fortalecimiento mutuo pero también de choque entre guerrilla, narcotráfico y autodefensas, y la multiplicación de acciones terroristas, constituyen el hecho sobre el que se asienta la visión y preocupación de la comunidad internacional

respecto de nuestro conflicto. Así, se ha ido formando un espiral vicioso dentro del cual aquella comunidad presiona por el reconocimiento y utilización de las normas del Derecho Internacional Humanitario y de derechos humanos dentro de la guerra, mientras que los contendientes sustentan precisamente su acción en la ausencia de reglas y limitaciones, haciendo uso de todos los medios posibles y dando forma general al esquema dominante de tendencia terrorista.

América Latina y la Crisis Política en Colombia. América Latina presenta una relación diferencial y peculiar respecto al conflicto interno colombiano. De un lado, hay una relación histórica general referida a los movimientos guerrilleros de la época de 1960, cuya manifestación contemporánea han sido precisamente la guerra en Guatemala, en Nicaragua y en El Salvador, y sus diferentes procesos de paz que de alguna manera han sido considerados como referentes, hasta ahora más académicos que políticos, para el caso colombiano.

En relación con América Latina podría decirse que el vacío es amplio y profundo, pues realmente el conflicto colombiano no parece ser objeto de interés para la comunidad latinoamericana y para sus instituciones colectivas más importantes. Razones de tipo histórico, antropológico y político que tal vez expresan la ausencia de una real cultura de identidad y cohesión latinoamericana, pueden incidir en este vacío. Pero además, razones de tipo material e histórico, o sea, las crisis recurrentes y su expresión contemporánea en cada uno de los países, invitan a un reconocimiento de condiciones que pudieran explicar por qué en un mundo globalizado e integrado de manera forzada al contexto universal, se da una "balkanización" cada vez mas fuerte y nociva de nuestros países y de la región como un todo.

El narcotráfico es tal vez la red que integra la crisis de Colombia con el contexto latinoamericano, y en este sentido más que la guerra y la búsqueda de la paz en Colombia, lo que convoca a la integración es precisamente la ubicación de esta región y de sus países con un mundo globalizado, en este caso, por la vía de la producción y tráfico de narcóticos ilícitos.

Pero respecto de la crisis interna es muy poco, por no decir nada, lo que Latinoamérica como continente ha hecho o dicho sobre Colombia. La comunidad política y económica en Latinoamérica, no parece enterada de las circunstancias que vive este país. Como ya se dijo tal vez están

comprometidos en sus propias crisis, que aunque de distinta índole, tienen su propia trascendencia en términos de su presente y su futuro económico.

Sin embargo, cuando hablamos de los países de la subregión ahí sí encontramos puntos de relación y compromiso que aunque no han sido captados en su real dimensión, son posibles de visualizar en su trascendencia política para un futuro inmediato con respecto al conflicto interno y a la guerra en Colombia.

Los países del área en el sur y en el norte con mayor o menor fuerza, entran en el marco de ubicación geopolítica de Colombia cuando se trata de los asuntos fronterizos y en relación con las cuestiones del narcotráfico, la guerrilla o la guerra interna. Así, la integración problemática del área toma forma y se desenvuelve si consideramos la aparición fundamental de un tercero, los Estados Unidos. Este país se integra a través de su posición estratégica, política y militar para el área en su lucha contra el narcotráfico y la guerrilla por la vía nueva de sus asuntos de seguridad nacional, hoy día redefinidos en términos de terrorismo.

Aunque el conflicto y la guerra en Colombia se han generalizado y ocupan prácticamente todo el territorio nacional, de hecho la fuerza y epicentro determinante de la guerra, desde sus mismos orígenes, fueron las tierras lejanas de fronteras y los espacios territoriales vacíos, tierras baldías de colonización y selváticas alejadas de los centros políticos y económicos. Esa es precisamente una de las características geopolíticas fundamentales del conflicto colombiano y un factor importante a la hora de intentar explicar sus causas, dinámicas y consecuencias.

De hecho la guerra en espacios vacíos con poca o ninguna presencia del Estado en términos sociales, políticos y de poder, permite la construcción de poderes donde no los había, o nuevos poderes donde el poder formal era y es débil. Pero además permite la movilidad expansiva propia de un complejo fenómeno que integra violencia, guerra y formas de apropiación, trabajo de la tierra y el comercio lícito e ilícito propio de esos espacios geofísicos.

La acción comercial del narcotráfico y la expansión estratégica de la guerrilla y de los paramilitares presionando las fronteras y sus poblaciones, poco a poco ha ido integrando de manera forzada los Estados vecinos a la problemática del conflicto colombiano. Pero si además ese conflicto se internacionaliza de manera mucho más global por la vía del

narcotráfico en la política Norteamericana de defensa de la seguridad regional, entonces ahí están dadas las condiciones de un espacio geopolítico en avance conflictivo para la región.

La alianza entre los negocios ilícitos de las mafias y los objetivos políticos de los subversivos, ha creado una fórmula de gran poder corrosivo en regiones muy vulnerables por la porosidad de las fronteras de los países en donde operan. De modo creciente, las mismas fronteras que tienen importancia son las que separan entre sí las etnias y a los territorios de las bandas y guerrillas rivales.¹

En el nor-occidente del país es clara la tendencia expansiva de guerrillas y paramilitares en el Urabá Antioqueño y Chocoano hacia la frontera selvática con Panamá donde chocan directamente con los intereses fronterizos Panameños, pero también, con la defensa estratégica militar de Estados Unidos en la región. Al mismo tiempo guerrillas y paramilitares presionan las fronteras con Venezuela, donde encuentran un ambiente conflictivo propicio en un país que se debate en su propia crisis económica y política.

La crisis política y social del Perú en su transición gubernamental, pero a la vez, el resurgir de su propio conflicto político interno agravado hoy por la gran crisis económica y financiera, sirven de marco al ya tradicional papel desempeñado en su cultura y en su economía por la producción de coca. En el Perú se dan todas las condiciones necesarias para que sus propias circunstancias críticas queden envueltas en el armazón de la problemática regional vista desde la doble vía, o sea desde el conflicto colombiano como epicentro y origen, pero también, desde la óptica e interés de la política internacional de los Estados Unidos.

Ecuador atraviesa por una de las más graves crisis financieras del continente y siente la presión expansiva guerrillera que utiliza sus territorios como corredor para el comercio de las armas; pero además, las actividades comerciales del narcotráfico utilizan sus fronteras como punto de fácil acceso al Océano Pacífico. En este caso también se entrecruzan los elementos de la triada conflicto colombiano, crisis Ecuatoriana e intereses regionales de Estados Unidos.

1 Luis E. González Manrique "La Anarquía que viene. Hiperterrorismo y desorden mundial". *Política Exterior*. Vol XV. No.84. Madrid, Estudios de Política Exterior, noviembre-diciembre de 2001, p. 197.

Panamá y Venezuela entran de manera clara en la misma red y marco de relación conflictiva. En el caso de Venezuela con un peligroso agravante como es el gobierno de Hugo Chávez quien, en su juego político de acción contestataria y a-histórica, trata de fortalecer su bloque de poder y apoyo político con una base populista, sustentada en aquellas causas que todavía son símbolos de oposición y choque al poder hegemónico occidental.

Desde luego el interés norteamericano también se ve claramente comprometido; pero si a esto se agrega la contradicción en la posición diplomática de Chávez jugando al buen vecino con el gobierno colombiano, pero también haciendo concesiones diplomáticas a la guerrilla, entonces tenemos dadas las condiciones para que ese lado de nuestra frontera sea evaluada como una especie de arena movediza y conflictiva en el plano de la internacionalización de nuestra crisis a nivel regional.

Cada país tiene su propia dinámica conflictiva, pero el epicentro de su internacionalización sin duda lo constituye el conflicto y la guerra que se vive en Colombia y, de esta manera, en relación con nuestro propio país, encontramos ahí otro factor de gran trascendencia en la internacionalización de nuestro conflicto nacional interno.

La política internacional de los Estados Unidos y la crisis política en Colombia. La internacionalización del conflicto y la política internacional de los Estados Unidos constituyen un punto central y eje nodal en la gran problemática de la crisis estructural que vive Colombia y, muy particularmente, en las posibilidades de su misma superación por el camino ideal de la paz.

Naturalmente, la política norteamericana con respecto a Colombia está condicionada por los factores que concretan nuestra propia crisis y conflicto interno, pero además, responde a un marco más global de la política de ese país en el contexto mundial.

El esquema de la política mundial en la posguerra estuvo definido en el ya clásico modelo de la guerra fría. Este modelo que determinó las reglas políticas mundiales hasta mediados de la década de 1980, dejó como resultado importante el fortalecido poder económico y político de Estados Unidos, pero además, permitió el resurgimiento de ese país como potencia militar hegemónica.

Es en este contexto de transición desde la Guerra Fría hacia un nuevo orden mundial donde se dan los acontecimientos “coyunturales” pero determinantes, del 11 de septiembre del año 2001.

Si el modelo general de la Guerra Fría definía el principio general de la seguridad nacional con base en la confrontación con el bloque socialista -proyectada en todos los países atrasados-, en la lucha frontal contra el comunismo y en los esfuerzos por la defensa de la democracia occidental, hoy día ese principio es remozado a través de la figura y el esfuerzo decisivo por confrontar y derrotar el terrorismo en todas sus manifestaciones. Esta posición política y estratégica divide el futuro orden entre quienes están al lado de los Estados Unidos y quienes no lo están.

Se incluye en este modelo desde luego a aquellos Estados y sociedades que sean definidos como defensores, patrocinadores o como espacios de apoyo estratégico para los terroristas. Ahí en esa simple fórmula parecen colocarse las bases de un nuevo orden mundial.

Los riesgos de la denominada “nueva anarquía” serán cada vez mas difíciles de ignorar en los enclaves desarrollados: Los países industrializados, que después de la segunda guerra mundial contaban con el 40% de la población mundial, ahora sólo tienen el 20%, pero disponen del 85% de los ingresos. En las próximas décadas esa proporción podrá reducirse al 15% debido al crecimiento demográfico de los países pobres.²

Está pues el mundo contemporáneo dividido, parcelado nuevamente; y esa parcelación se origina desde una frontera político cultural todavía sostenida entre países avanzados y países atrasados, definidos en este caso desde la perspectiva coyuntural e ideológica del valor estratégico dado al fenómeno del terrorismo.

Kaplan anticipó que, como resultado del avance de la anarquía, el crimen transnacional se convertiría en el mayor peligro del siglo XXI y que Estados Unidos se vería directamente amenazado: Como Estados Unidos es ante todo un producto de la geografía, la reducción de las distancias que se producirá en el Siglo XXI nos afectará más que a nuestros competidores, cuyo desarrollo económico no ha dependido nunca del aislamiento continental.³

2 *Ibíd.*, p. 194.

3 Robert D. Kaplan. “The coming anarchy”. *The Atlantic monthly*, febrero de 1994. Citado por: Luis E. González. *Op. cit.*, p. 194.

Así pues el panorama internacional respecto de la crisis política y la guerra que vive Colombia constituye un punto central en el momento actual, cuando se trata de integrar una visión más completa y necesaria para el entendimiento de nuestra propia situación y para la búsqueda de una ideal solución de nuestro conflicto. En ese sentido aparece como una condición objetiva y necesaria la integración de nuestra problemática al contexto de la política mundial, y muy particularmente en lo que atañe a la relación y a los intereses que se concretan en la relación con los Estados Unidos.

En los últimos años, la relación de Colombia con los Estados Unidos ha estado definida precisamente por dos grandes fenómenos: la guerrilla y el narcotráfico. La profundidad de nuestra guerra interna y su compleja relación con el narcotráfico, determinan una internacionalización del conflicto que en nuestro país no ha sido suficientemente reconocida. La guerra que se libra en el país aunque obviamente expresa todas nuestras contradicciones, ha ido integrando cada vez con más fuerza factores e intereses de los Estados Unidos.

Aunque coyunturalmente puede cambiar de forma o intensidad, puede afirmarse que la política norteamericana respecto de nuestro país integra de manera compleja el modelo clásico de oposición a las luchas guerrilleras (dentro del esquema global de la Guerra Fría, y aún bajo el supuesto reconocimiento histórico de una etapa superada) con la lucha que ese país libra contra las drogas y el narcotráfico dentro y fuera de sus fronteras. Pero además hoy día también integra la gran problemática del terrorismo.

La pérdida del control efectivo de parte de los gobiernos de Colombia, Congo, Sudán, Pakistán, Indonesia o Afganistán de miles de kilómetros cuadrados de su geografía, ha sembrado al mundo de puntos ciegos donde el vacío dejado por el colapso del Estado, ha sido ocupado por feudos autárquicos bajo el dominio de 'Señores de la guerra', dedicados al tráfico de armas, drogas, y a la creación de poderosos ejércitos privados y redes mafiosas.⁴

La política norteamericana parte de considerar a Colombia como el lugar desde donde la producción y el comercio de la droga establecen la

4 *Ibíd.*, pp. 193-194.

red original y fundamental que tiene a los Estados Unidos como el objeto último de la actividad del narcotráfico.

Los nuevos señores feudales necesitan financiarse, y ningún negocio es mas lucrativo que el narcotráfico. Las Naciones Unidas estiman que las ventas mundiales de drogas ilícitas alcanzan unos ciento cincuenta mil millones de dólares anuales (600.000 millones corresponden al mercado Estadounidense): Una cifra equivalente al 50% de la industria farmacéutica y comparable a la del tabaco y el alcohol.⁵

Podría argumentarse que sobre el esquema y principio anterior, la política norteamericana frente a Colombia es en esencia de choque. Y esto, que parece un lugar común, desde el punto de vista de política internacional para Los Estados Unidos, y en consecuencia para Colombia, marca de manera definitiva, y da una dirección prefigurada a la relación entre los dos países. No es, no puede ser, una relación política que se da entre dos naciones con el mismo valor político y soberano. De hecho, la relación está viciada y desde luego, en el mismo plano del poder, no podría ser equilibrada.

Roger Noriega, Embajador de Estados Unidos ante la OEA y asesor del comité de relaciones exteriores del Senado, ha declarado que las organizaciones terroristas se alimentan fundamentalmente del narcotráfico, por lo que se debe plantear una ofensiva integral en varios frentes: Las mafias usan el terrorismo para intimidar a políticos, a la población y debilitar el estado de derecho. El terrorismo es una herramienta del narcotráfico y viceversa.⁶

En el momento actual la posición política y estratégica de los Estados Unidos, coloca su punto de mira en el ataque frontal al narcotráfico en el nivel de la producción, comercio y manejo financiero. Está dirigida a confrontar política, jurídica y militarmente al narcotráfico en todos los terrenos. Al mismo tiempo y por razones estratégicas, casi de manera natural, la política norteamericana integra las dos luchas desarrollando una acción ofensiva contra la guerrilla.

De esta manera la problemática y la crisis estructural que vive Colombia, queda integrada, podría decirse que de manera total, a los intereses y a las determinaciones de la política de seguridad norteamericana.

5 *Ibíd.*, pp. 195-196.

6 *Ibíd.*, p. 197.

Al llegar a la simbiosis con las mafias, las organizaciones políticas subversivas han asimilado sus métodos de utilización de infraestructuras y comunicaciones, para movilizar personas, dinero, armas y material. Tienen acceso a información privilegiada sobre los medios políticos y económicos que el terror pretende intimidar. En reciprocidad por su entrega, estas rentabilizan lucrativamente las campañas terroristas.⁷

El "Plan Colombia", se convirtió en el epicentro alrededor del cual hoy día giran todas las relaciones entre ambos países. Este plan constituye una estrategia global de apoyo financiero y logístico militar para que Colombia enfrente los problemas que dan forma a la gran crisis de este país.

Respecto de este plan y en relación con lo que aquí se ha argumentado, se podría afirmar que éste es fundamentalmente un plan de emergencia cuya esencia y objetivo básico es militar y represivo respecto del narcotráfico y de la guerrilla. La afirmación anterior constituye una de las opiniones más conocidas en Colombia y ha sido punto de discusión central. Implementado el Plan Colombia, apenas ahora empiezan a vislumbrarse algunos elementos que dan forma a su dinámica. "El paquete de ayuda aprobado por el congreso de Estados Unidos fue de 1.319,1 millones de dólares, de los cuales 860,3 millones corresponden a asistencia para Colombia y el resto para los países vecinos, (110 millones para Bolivia, 32 millones para Perú, y 20 millones para Ecuador) y para las agencias estadounidenses comprometidas en operaciones antinarcóticos en la región andina".⁸

En este paquete que integraba la ayuda para Colombia y otros países andinos se definían claramente las prioridades y sectores problemáticos en donde de acuerdo con el gobierno y el congreso norteamericanos se debía distribuir la ayuda: "De los fondos aprobados para Colombia, 519,2 millones de dólares, el 60% corresponden a asistencia militar, 123,1 millones (14%) para asistencia a la policía nacional, 68,5 millones (8%), para proyectos de desarrollo alternativo, 51 millones

7 *Ibíd.*, p. 198.

8 Adelfo García. "Plan Colombia y ayuda Estadounidense: Una fusión traumática". En: Luis Alberto Restrepo y otros. *El Plan Colombia y la internacionalización del conflicto*. Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, Planeta, 2001, p. 258.

(6%) para promoción y defensa de los derechos humanos, 45 millones (5%) para fortalecimiento de las instituciones, 37,5 millones (4%) para ayuda a los desplazados, 13 millones (2%) para reforma judicial y 3 millones para apoyo en general a la búsqueda de la paz”.⁹

Pero además el plan aprobado concretaba y daba los datos exactos sobre la distribución de dineros en ayuda militar, mostrando de manera clara el tipo de intereses económicos y aún políticos implicados en esta clase de ayudas, cuando se trata de un Estado tan poderoso y de una sociedad tan compleja como los Estados Unidos: “Dentro de los 519,2 millones de dólares para asistencia militar, se incluyen 328 millones para los helicópteros, 208 millones para los 16 Black Hawk con destino al ejército y 120 millones para los Huey. En este sentido, es pertinente precisar que en la versión final aprobada se incluyen 18 Black Hawk (16 para el ejército y 2 para la policía) y 42 Huey (30 para el ejército y 12 para la policía). Dentro de los 115,6 millones de dólares aprobados para la policía se incluyen 26 millones para los 2 helicópteros Black Hawk”.¹⁰

El Plan Colombia no sólo intenta ser funcional con respecto a la crisis socio política y militar en Colombia, sino que además responde a los intereses y a la lógica interna de la política internacional norteamericana y su esencia estratégica en búsqueda de la defensa de la seguridad nacional de ese país. Tiene una proyección, como ya se dijo, no sólo frente a Colombia sino que se relaciona estratégicamente con la región, buscando efectos subcontinentales que garanticen en el mediano y largo plazo la seguridad de la región y como consecuencia, la seguridad interna de los Estados Unidos: “El Plan Colombia está claramente vinculado a los asuntos de seguridad tal como lo definen los ‘Actores de seguridad’ colombianos y Estadounidenses (...). Los cinco ejes principales del Plan -apoyar el proceso de paz, el desarrollo económico y social, la lucha antidrogas, el respaldo institucional de la justicia y democracia- están vinculados con todas las dimensiones de seguridad nacional: La seguridad militar, política, económica y el medio ambiente (...)”.¹¹

9 *Ibíd.*, p. 259.

10 *Idem.*

11 Vanessa Peat. “Evolución de las percepciones de seguridad en la política exterior de los Estados Unidos hacia Colombia: El elemento clave del respaldo Estadounidense al Plan Colombia”. *Debates*. Medellín, Universidad de Antioquia, abril-septiembre de 2001, p. 31.

La visión general que desde un principio se evidenció en Colombia por los sectores políticos tradicionales, pero además, por la comunidad más comprometida con una visión racional de la crisis del país, fue la crítica más o menos fuerte a las características básicas del Plan y, sobre todo, a su componente militar.

Así, los grupos de oposición en el Congreso expresaron su crítica por la ausencia de una participación de los sectores de poder político y de la comunidad. En principio se afirmaba que el conflicto colombiano se debía enfrentar más con proyectos sociales que con un incremento de las acciones militares; pero además, que el peligro del Plan Colombia estaba en la indudable agudización y profundización de la guerra.

Sin embargo, el recrudecimiento de nuestro conflicto militar aún antes de la aprobación e instauración del Plan Colombia, ha sido una realidad incuestionable, por lo que aún en este momento no es posible afirmar que ese Plan haya sido causa y factor determinante en el fortalecimiento de las acciones de la guerra. Las dinámicas de la guerra en los últimos tiempos, obedecen a complejas y amplias causalidades y a la intervención de factores diversos, entre ellos este Plan; pero de ninguna manera podrían explicarse de manera exclusiva en el Plan. A este respecto parece pertinente la conclusión global propuesta por Luis Alberto Restrepo.

El problema del Plan no es, propiamente, su componente militar. Sus verdaderos problemas son otros. El primero es la confusión y mezcla de dos estrategias que deberían ser claramente distintas. El gobierno colombiano diseñó originalmente un Plan, que sin dejar de lado el fortalecimiento de sus militares, se orientaba a buscar la paz negociada con las guerrillas (...). Haciendo hincapié en la inversión social y la erradicación manual de los cultivos ilegales (...). En cambio, los militares colombianos y luego el Departamento de Estado de Estados Unidos, introdujeron la lucha anti-drogas como objetivo central (...). De esa mezcla contra natura de intereses surgió un Plan monstruoso de dos cabezas, que revuelve en la confusión dos estrategias encontradas.¹²

12 Luis A. Restrepo "El Plan Colombia: Una estrategia fatal para una ayuda necesaria". En: Luis A. Restrepo y otros. *Op. cit.*, p. 329.

En sentido general y en referencia a los últimos gobiernos, la política de Estados Unidos con relación a Colombia tuvo con el Presidente Clinton un primer período negativo de choque y de intromisión en los asuntos internos de Colombia, cuando se hizo público el escándalo de la utilización de dineros del narcotráfico en la campaña presidencial de Ernesto Samper. Con el presidente Pastrana el gobierno de Clinton desde un comienzo transformó su posición y convocó al congreso norteamericano a una apertura compromisoria cuyo resultado más importante fue la elaboración y aprobación del Plan Colombia.

Desde la llegada al poder del partido republicano con George Bush, fue clara la intención de continuar con el sistema de apertura y cooperación que venía del gobierno anterior. Bush reafirmó la prioridad de Colombia como país básico y central en la lucha contra el narcotráfico, pero además, fortaleció la estrategia contra las drogas dándole una trascendencia fundamental en el sentido regional:

Queda planteada para la administración Bush una serie de retos. Tendrá que equilibrar la profundización de la lucha antidrogas, la protección de los derechos humanos de conformidad con la legislación vigente, incluida la enmienda Leahy, y al mismo tiempo evitar una participación directa en el conflicto armado colombiano. Igualmente tendrá que fortalecer la estrategia regional o "iniciativa Andina", que neutralice los reparos que hasta el momento han venido haciendo los vecinos de Colombia sobre los efectos transfronterizos de la ayuda estadounidense y del Plan Colombia.¹³

De todas maneras el Plan Colombia y las condiciones sobre las cuales se concreta su aplicación y apoyo en Colombia constituyen hoy el marco de las relaciones bilaterales entre los dos países. El gobierno colombiano deberá acentuar su control sobre las actividades de sus fuerzas militares y de policía respecto del cumplimiento de los principios legales de respeto a los derechos humanos y al Derecho Internacional Humanitario: acentuar el sistema punitivo de carácter civil para castigar los delitos cometidos por las fuerzas militares contra la población y, al mismo tiempo, enfrentar radicalmente el ataque y control a las actividades ilícitas del narcotráfico y la destrucción masiva de los cultivos ilícitos.

13 Adelfo García. *Op. cit.*, p. 305.

El Plan Colombia no solamente es el diálogo y la negociación; consiste también en un ambicioso programa para la rehabilitación y reconstrucción de las zonas más deprimidas del país, la erradicación y sustitución de los cultivos ilícitos, así como de aquellas zonas azotadas por la violencia. Con él se busca congrega los esfuerzos del Estado y el sector privado colombiano, en alianza con países amigos y organismos multilaterales para trabajar en la construcción de la paz.¹⁴

Los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos tienen como ya se dijo, una gran importancia histórica como punto de arranque a la recomposición del nuevo orden mundial. No se trata de afirmar que la coyuntura de los ataques terroristas a Nueva York y Washington sean la causa o factor sobre el cual un nuevo orden mundial pueda estructurarse; se trata más bien de considerar el fenómeno que allí se expresó -el terrorismo¹⁵- como un "lev motiv", como una especie de catalizador que permite justificadamente a la gran potencia mundial, estructurar u ordenar las redes de su poder material y político, concretando el resultado último del período de transición que siguió a la caída del bloque socialista y de la URSS.

El terrorismo constituye así de manera clara pero a la vez estratégica el punto de convergencia sobre el que los Estados Unidos se proponen ordenar y conducir su política internacional, incidiendo de manera fundamental sobre el conglomerado mundial, pueblos y naciones, movidos en la misma dirección, para dar forma al tejido de la política y del poder mundial en esta etapa de desarrollo histórico. Lo que hace es darle forma a las condiciones políticas de un orden mundial no tan nuevo, pero sí fortalecido sobre bases fundamentalmente tecnológico militares y de carácter esencialmente ofensivo, como estrategia para la construcción global de la política internacional.

14 Víctor G. Ricardo. "El Proceso de Paz en Colombia y la Política de los Estados Unidos". En: Arnson Cynthia J. Et. al. *The Latin American Program. Working Paper Series*. Washington, Woodrow Wilson International Center for Escholars, june 2000, p. 56.

15 "Terrorismo significa violencia premeditada, políticamente motivada y perpetrada contra las personas o los grupos no combatientes por personas o grupos o agentes clandestinos, cuyo objetivo usualmente busca influir a través del miedo y el terror sobre los grupos, la sociedad o las personas". Paul Pillar. "Terrorism and US Foreign Policy". Washington, *Brookings Institution Press*, 1999, p. 13.

A partir de allí, la red política del orden mundial deberá tomar las formas propias de un eje jerarquizado y vertical, cuya esencia no cambiará pero sí reforzará, en el nuevo milenio, la ya clásica hegemonía de las grandes potencias mundiales:

El hecho de que los Estados Unidos hayan tenido preeminencia en el orden mundial de la Guerra Fría y que hoy se encuentren como la única superpotencia y líder del mundo occidental, y el único país con presencia real en el orden mundial, hace que sea y será el objetivo principal de las acciones terroristas en el mundo (...). Tres factores cuentan para colocar a Estados Unidos en la mira de los terroristas del mundo: La naturaleza del terrorismo como herramienta de los débiles contra los fuertes, la exposición abierta de los intereses de los Estados Unidos y especialmente, el resentimiento contra los Estados Unidos.¹⁶

Así pues, el terrorismo se constituye en el punto central de las acciones de la política mundial vistas desde la perspectiva e interés de Norteamérica en cuanto super-potencia. Los líderes políticos y en general los grupos de representación en los Estados Unidos, se identifican y afirman que “los Estados Unidos deben actuar para confrontar el terrorismo dentro y fuera del país de manera efectiva, pero cada elemento de su presencia afuera motivará potencialmente los mismos ataques terroristas (...) Por esto la confrontación física del terrorismo deberá incluir la búsqueda de sus raíces y de sus causas”.¹⁷

Al colocar el terrorismo en el epicentro de la política mundial y decidir una guerra contra todos los grupos, países y personas que sean calificados como tales, los Estados Unidos también agregan un elemento respecto de su relación con Colombia, que aunque no es nuevo, de todas maneras deberá incidir en el rumbo de las relaciones entre ambos países, y en la guerra y la búsqueda de la paz en nuestro país.

La problemática de la guerrilla que fue punto vital de las relaciones entre ambos países en las décadas de 1960-70, siempre dentro del modelo de la Guerra Fría y la confrontación de las democracias occidentales con el comunismo internacional, se vio ampliada en las dos décadas siguientes con la variable importante de la explosión del narcotráfico y su epicentro de producción y comercialización en Colombia:

16 *Ibíd.*, p. 57.

17 *Ibíd.*, p. 61.

Colombia ha cambiado de manera significativa desde los primeros intentos de amnistía y negociaciones exploratorias con la guerrilla en 1982 (...). La violencia de hoy es tres veces mayor y la arena política y social se han fracturado mucho más. Desde 1982 hasta hoy, el contexto geopolítico y la globalización económica fueron irrevocablemente transformados, alterados por el colapso de la guerra fría, la liberalización de la economía, y el impacto del comercio ilícito global de los narcóticos (...). El nacimiento de nuevos actores sociales atados al comercio de la droga, la proliferación de los grupos paramilitares en conexión con las fuerzas armadas y los grandes propietarios de tierras, los fuertes grupos guerrilleros, y una larga población de desplazados internos.¹⁸

Para los Estados Unidos y su política exterior se trata de definir el enemigo asumiendo una visión global y abstracta alrededor de lo que se denomina terrorismo. En este sentido se encuentra de principio una dificultad en el terreno legal, diplomático y político con respecto a las posibilidades de un entendimiento objetivo de lo que se puede entender por conductas, acciones, grupos y países terroristas. La tradición enseña que quien coloca su política internacional sobre el principio del terrorismo, también tiene el poder decisorio potencialmente arbitrario, para concretar sus mismos objetivos de acción y confrontación.

Esa definición abstracta es susceptible de concretarse pues el Departamento de Estado ha publicado una lista de los grupos que considera terroristas y otra de los países que a su juicio prestan ayuda al terrorismo. En ésta última figuran: Irak, Irán, Siria, Libia, Sudán, Corea del Norte, Cuba, Afganistán y en cierta medida Pakistán y Yemen. Es una lista bastante nutrida pero es que además, Washington ha dicho que en la guerra contra el terrorismo considerará que quien no esté de su lado, está del lado del los terroristas.¹⁹

Además, inmediatamente en la lista primera de organizaciones terroristas definidas por los Estados Unidos aparecieron las tres organizaciones centrales en la guerra en Colombia: Las FARC, el ELN y las

-
- 18 Marc Chernick. "Negotiating Peace amid multiple forms of violence: The Protracted search for a settlement to the armed conflicts in Colombia". En: Cynthia J. Arnson. *Comparative peace process in Latin America*. Washington, Woodrow Wilson Center Press, 1999, p. 161.
- 19 Carlos Alonso Saldivar. "No se equivoquen". *Política Exterior* Vol XV, No. 84. Madrid, Estudios de Política Exterior, noviembre-diciembre de 2001, p. 59.

AUC. Esto puso en alerta al gobierno colombiano y al país en general, en un momento en que la violencia y la guerra se combinan contradictoriamente con los esfuerzos ingentes por despegar hacia un proceso de paz.

Es pues dentro de este marco de relación internacional que se integra el caso colombiano de manera peculiar y peligrosa a las políticas externas norteamericanas por las dos vías: de un lado, la política tradicional de los Estados Unidos de combatir a la guerrilla (dentro del modelo clásico de la Guerra Fría) y, de otro, con la lucha frontal al narcotráfico. Ambos fenómenos definidos ahora como expresiones político militares de carácter terrorista.

Así, Colombia llena con suficiencia las condiciones que define el gobierno norteamericano para que sea considerado como un espacio geopolítico potencial y realmente peligroso en el marco de lo que denomina "la seguridad nacional".

Resulta hoy en día que la amenaza colombiana es el resultado de la combinación de tres tipos de amenazas a la seguridad. Primero el territorio colombiano es la fuente principal de la "oferta" de cocaína y heroína para los Estados Unidos. En segundo lugar, el narcotráfico es uno de los factores más desestabilizadores de la gobernabilidad democrática, de la legitimidad del Estado y de manera general, del estado de derecho. En tercer lugar, -y siempre tomando en cuenta el punto de vista de los Estados Unidos- el conflicto armado alimentado por el narcotráfico constituye una amenaza a la seguridad regional.²⁰

En la coyuntura actual, el principio de seguridad nacional para los Estados Unidos en sentido tradicional tiene una forma fundamentalmente militar, pero integra de manera sistemática el valor definitorio de su grupo de poder, vale decir el gobierno republicano, con la defensa de los intereses (o seguridad) de sus ciudadanos.

Es importante considerar el aserto generalizado en la comunidad internacional, pero muy particularmente en los Estados Unidos, de que en Colombia, en los últimos tiempos, la integración de cierto tipo de intereses económicos ha permitido el establecimiento de una relación de carácter funcional y estratégico entre narcotráfico y guerrilla, conformando un círculo de acción que dinamiza ambos bandos y del cual cada uno se nutre para sus propios intereses. Así, de tiempo atrás el concepto

20 Vanessa Peat. *Op. cit.*, p. 31.

problemático y no clarificado -pero sí entendido por todos- de “narcoterrorismo” ha hecho carrera a nivel nacional y tiene en el momento actual un valor político fundamental dentro del modelo de la política internacional de los Estados Unidos.

Este marco otorga una dimensión de magnitudes insospechadas para el presente y futuro inmediato de la relación entre ambos países y en su proyección particular para Colombia: “De manera general, el nexo drogas - seguridad está constituido por cuatro preocupaciones: Seguridad militar, seguridad política, seguridad económica y seguridad medio ambiental. Pueden determinarse los vínculos entre las drogas y la seguridad siguiendo las etapas del narcotráfico, desde el cultivo hasta el consumo de drogas ilícitas”.²¹

Colombia entonces hace parte a través de su crisis de violencia, de guerra y narcotráfico, del marco globalizado y de los peligros definidos para los Estados Unidos: “Neal A. Pollard director del Terrorism Research Center, cree que las operaciones entrelazadas de organizaciones terroristas y las mafias transnacionales se han extendido lo bastante para representar una amenaza estratégica a los intereses de los Estados Unidos. Renaud Van Ruymbeke, primer juez instructor del Distrito Financiero de París, calcula que lo que llama él “Producto criminal bruto” mundial a finales de los años noventa, alcanzaba entre 800 mil y los 900 mil millones de dólares anuales, equivalente al PIB de China”.²²

Naturalmente que al concepto generalizado que integra las organizaciones de narcotraficantes a la definición de terroristas a nivel internacional, deviene problemático cuando se trata de definir política y legalmente las organizaciones que hacen parte de la crisis y de la guerra en Colombia. Es decir, la integración de narcotráfico y guerrilla en Colombia, tal vez no permite de manera fácil su ubicación en el plano internacional y en la perspectiva de la seguridad nacional definida por los Estados Unidos.

Sin embargo, la realidad política y la validez de la ubicación de los actores del conflicto colombiano dentro del esquema de la política internacional norteamericana, sigue siendo determinada desde luego,

21 *Ibid.*, p. 28.

22 Renaud Van Ruymbeke. *Un Monde San Loi*. París, Stock, 2000. Citado por: Luis E. González Manrique. *Op. cit.*, p. 195.

por ese país y, en este sentido, el asunto no es definido tanto en el terreno de la discusión legal y teórica, sino en el plano de los intereses reales en juego definidos como siempre en términos de poder.

El sociólogo Francés Alain Minc sostiene que la clase económica más importante que ha surgido de las cenizas de la Guerra Fría son las organizaciones criminales que esgrimen justificaciones políticas, irredentismos nacionalistas o fundamentalismos religiosos para extorsionar a los Estados y hacerse con el control de extensas zonas aisladas en todos los continentes y en los cuales se han erigido como un único poder real.²³

La relación con los Estados Unidos no ha planteado hasta ahora diferencias sustanciales entre la política del Presidente Clinton y la del Presidente Bush. Ambos han dado continuidad a principios anteriores y han definido su política exterior frente a Colombia dentro del esquema de la “narcotización”.

Para el gobierno de Bush, la política de Norteamérica se concibe integrada con la defensa de la seguridad de la región, lo cual hasta ahora hace parte del interés norteamericano para que la crisis colombiana no se proyecte negativamente a los demás países del área.

Con los acontecimientos de las últimas semanas, expresados en la profunda crisis del proceso de paz, con la radicalización del conflicto político militar y sobre todo, en vista del compromiso definitivo de participación de la comunidad internacional en la crisis colombiana, el gobierno norteamericano está planteando la clara posibilidad de dar un salto cualitativo en su política frente a Colombia. Se trata de fortalecer la ayuda militar para combatir la insurgencia, tema que hasta ahora había permanecido subordinado a la confrontación del narcotráfico. Ahora sí entonces, encontramos el punto de convergencia aquí propuesto entre la política norteamericana contra el terrorismo y su proyección e implantación específica para el caso colombiano.

3. Conclusiones

Vista la internacionalización de nuestro conflicto político militar, es posible afirmar la existencia de un proceso cada vez más claro y más definitivo de internacionalización positiva, o sea, de compromiso con la solución de nuestro conflicto.

23 Luis E. González Manrique. *Op. cit.*, p. 196.

Desde el punto de vista teórico y de los principios filosófico-políticos de la comunidad internacional se infiere una actitud compromisoria, pero las dinámicas y las características propias que ha adoptado el conflicto y la guerra en Colombia, poco a poco ha ido presionando y transformando la visión de esa comunidad internacional hacia posiciones de duda y escepticismo, y también posiblemente de choque y de pulsión negativa con respecto a dos de los actores principales: la guerrilla y las autodefensas.

La comunidad internacional, el bloque europeo y la ONU, han mostrado un interés claro en la búsqueda del acercamiento y conciliación de las posiciones de cada una de las partes, pero no han llegado a un compromiso más cercano para ocupar un lugar en las discusiones que buscan la solución del conflicto y de la guerra.

Complementariamente, la agudización del conflicto y su clara tendencia hacia una guerra total, señalan la marcha hacia una internacionalización que tiene en los Estados Unidos un factor con poder y peso determinantes, y que puede incidir en la balanza en ambas direcciones. De un lado puede canalizarse en términos de cooperación y compromiso tal como se concretó en el Plan Colombia, aún reconociendo el privilegio de los intereses de ese país sobre los de la sociedad colombiana. Pero también y dependiendo de la dirección que en sí misma tome la crisis, pero especialmente en relación con el devenir del proceso de paz, podrá complicarse la relación no sólo con los Estados Unidos, sino en general con la comunidad internacional.

El esquema ideológico y mental que domina en la población colombiana, privilegia la visión punitiva respecto al papel de Norteamérica. El hombre común y sectores importantes de liderazgo en el país, aunque no lo expresen abiertamente, piensan la intervención norteamericana como la última y única esperanza para salir de la crisis en que nos encontramos. Esta, que es una verdad generalizada, debe ser medida en su real dimensión no sólo en cuanto perspectiva emotiva y pasional que podría explicarse pero no justificarse, sino sobre todo, en cuanto se trata de pensar la solución de un conflicto de la magnitud histórica y de la complejidad del nuestro.

Una solución no puede ser pensada o imaginada desde la guerra, mucho menos cuando esa salida se asienta sobre la variable nueva -entre nosotros- de una intervención militar extranjera.

Aquí se trata de un fenómeno de crisis cuya magnitud exige la confluencia de multitud de factores positivos y de sacrificios que deben o debieran partir de la decisión compromisoria de los colombianos como un todo, con la participación o el liderazgo de los sectores democráticos y de las elites de poder en todos los niveles.

La gran crisis por la que acaba de atravesar el proceso de paz, tal vez la más grave de tantas que ha tenido desde sus inicios, ha permitido un nuevo empuje en los esfuerzos hacia la paz, precisamente con base en el compromiso político y diplomático del señor James Lemoyne Asesor del Secretario General de Naciones Unidas, Kofi Annan, y del grupo de países amigos de Colombia, liderado por el señor Embajador de Francia.

Esta participación de la comunidad internacional puede mirarse como un punto de quiebre en el cual los bloques internacionales, además de desempeñar un papel de veedor y conciliador, deberían convertirse en factor fundamental de solución de la crisis. Esta sería una evolución positiva e ideal de la internacionalización del conflicto.

Si por razones de la complejidad del proceso por el atraso compromisorio de las partes, no se logra concretar esa dirección positiva para la participación internacional, entonces ya no sólo asistiríamos a una posible generalización del conflicto y consecuentemente a una guerra total, sino además a una potencial internacionalización mediada por el uso de las distintas formas de presión militar, material y punitiva como las que hemos presenciado en los últimos tiempos en los conflictos Europeos y de los países de Asia.

Las dudas y la incertidumbre de nuestra condición, de todas maneras nos exige considerar de manera definitiva un juego de relación, ya ineludible, entre nuestras propias condiciones internas y un marco de internacionalización que hace parte y es condición de cualquier posibilidad de comprensión de nuestra crisis; pero sobre todo condición fundamental de cualquier posibilidad y dirección que adopte nuestro proceso histórico en búsqueda de solución del gran conflicto nacional que vivimos.